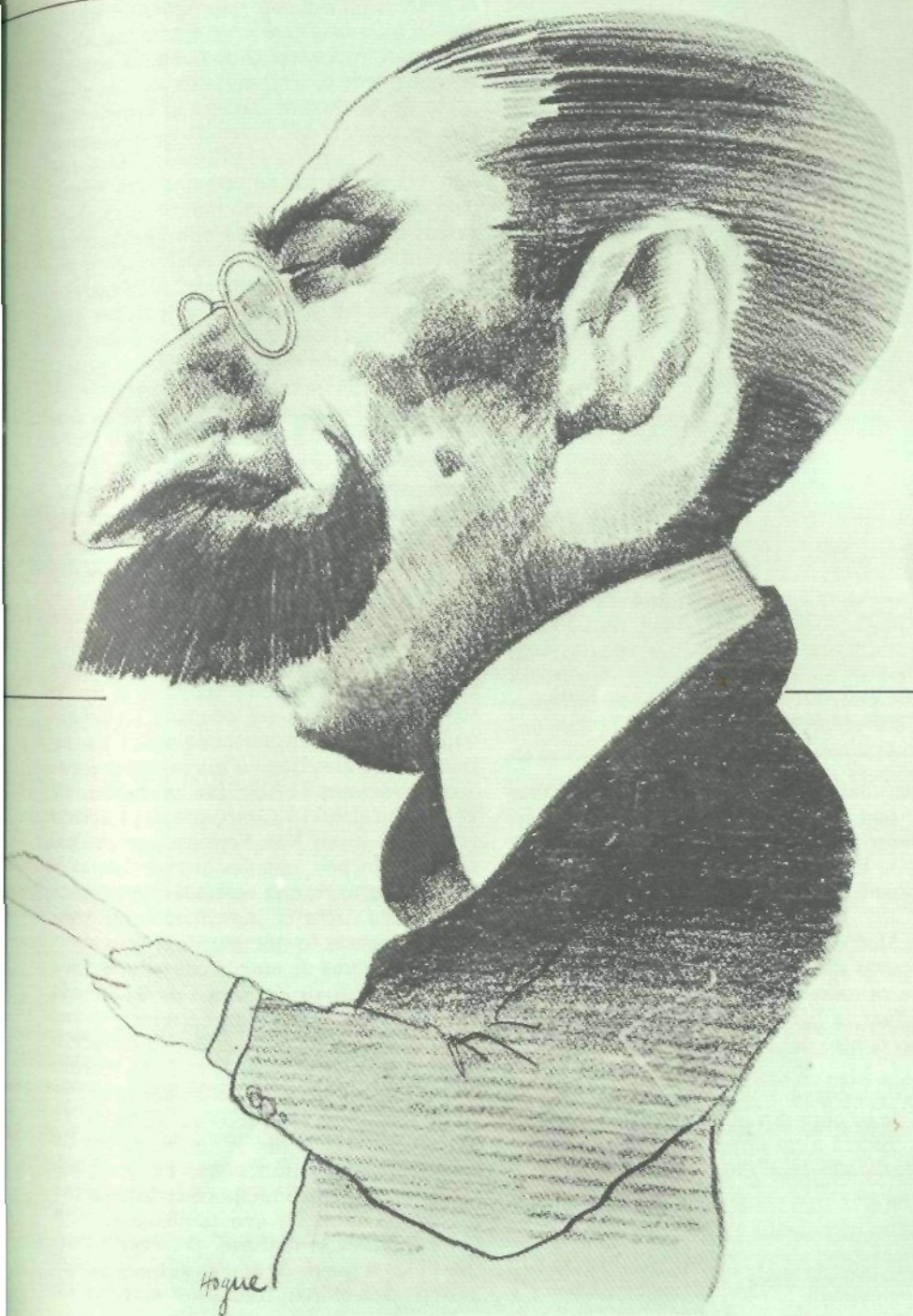


Breve imagen de José Enrique Rodó

Por Arturo Sergio Visca

José Enrique Rodó, que nació en Montevideo el 15 de julio de 1871 y murió, hará pronto setenta años, el 1 de mayo de 1917, en Palermo (Italia), ocupa en el panorama cultural del novecientos uruguayo un lugar de excepcional jerarquía. Desde la publicación, cuando sólo contaba 24 años de edad, de su resonante ensayo *El que vendrá*, aparecido en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (Montevideo, 25/6/1896), hasta la póstuma edición de *El camino de Paros* (1918), donde fueron reunidos los artículos periodísticos enviados desde Europa a la revista bonaerense *Caras y Caretas*, su figura intelectual se impuso, no sólo en el Uruguay sino en toda la extensión del mundo hispanoamericano, con el prestigio y la autoridad de un Maestro. Sus obras fundamentales (*Ariel*, 1900, *Liberalismo y jacobinismo*, 1906, *Motivos de Proteo*, 1909, y *El mirador de Próspero*, 1913) arquitecturan un mundo conceptual y estético cuya perduración y vigencia no parecen amenazados de caducidad. Por lo contrario: como el Proteo que figura en la

página liminar de sus *Motivos*, la personalidad y la obra de Rodó asumen, a través del tiempo, nuevas formas y ofrecen nuevas aristas que incitan a la investigación. Releer sus páginas permite descubrir en ellas aspectos antes desapercibidos que enriquecen la visión de su obra. La investigación, incluso, ha puesto de relieve la falsedad de la imagen tradicional del autor de *Ariel*, que lo mostraba como un ser de una frialdad marmórea, absorto en la creación de un bello mundo verbal y totalmente ajeno a la problemática de la realidad que lo rodeaba. Cabe agregar que la personalidad y la obra de Rodó, que en su riqueza total quizás no hayan sido todavía abarcadas por entero, son las del escritor que en el Uruguay ha ofrecido, sin lugar a dudas, un mayor flanco a la polémica. Las opiniones vertidas sobre la obra del autor de *Motivos de Proteo* dibujan un paisaje crítico en el que se confrontan los juicios más antagónicos, desde la exaltación sin retaceos hasta la diatriba y la mofa. Esta disparidad de opiniones es quizás la mejor demostración



Marzo 31^o 99

Caro amigo,

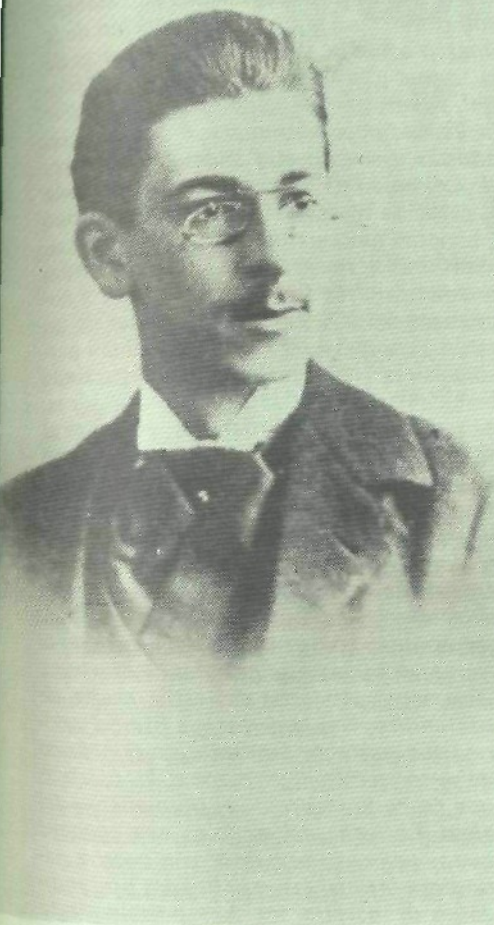
Gracias mil veces por
 y firme talento me ha hecho el
 mejor servicio. V. no es en
 pedano de causar una
 dolor. Pronto se recibirá las
 Jamente
 Gracias.
 Rubén Darío

Carta de Rubén Darío a José Enrique Rodó.
 Fechada, en Madrid: "Marzo 31/99".

de la vitalidad de la obra rodoniana. Obra que una autoridad innegable – el filósofo español José Gaos – sitúa en lugar cimero dentro del panorama del pensamiento hispanoamericano, afirmando en su *Antología del pensamiento hispanoamericano*, que *Motivos de Proteo* es "una de las obras maestras del pensamiento en lengua española en todos los lugares y tiempos".

Situar la figura intelectual del autor de *Ariel* dentro del cuadro cultural configurado por sus compañeros generacionales permitiría subrayar con precisión algunos rasgos de su obra. En estos breves apuntes no se accederá a esa tarea, que sintéticamente he realizado en el ensayo titulado *Rodó y*

la generación del 900, que figura en mi libro *La mirada crítica y otros ensayos*. Aquí solamente procederé a un sumario cotejo, porque puede ser esclarecedor, de algún aspecto de la obra de Rodó con la del otro gran pensador del novecientos uruguayo, Carlos Vaz Ferreira (1872-1958). Este cotejo, claro está, no se propone una *medición de valores* sino una *determinación de rasgos caracterizantes* de una y otra obra, procurando, mediante ese cotejo, que ambas se iluminen mutuamente y definan con mayor nitidez algunos de sus perfiles más importantes. En otra oportunidad, procure destacar las diferencias entre ambos pensadores caracterizándolos con estas determinaciones: "especulación pura" y "pensamiento radicado", válidas para José Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira, respectivamente. Un breve instante de reflexión me hizo evidente lo erróneo de esa caracterización, afectada de la falsedad inherente a todo esquematismo simplista. En efecto: es notorio que en sus trabajos iniciales de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, en *Ariel*, en *Liberalismo y jacobinismo* y en toda una línea de producción que se continúa hasta el fin de su vida, Rodó aparece ocupado y preocupado por su circunstancia nacional y americana, mientras que en sus iniciales *Ideas y observaciones* (1905), *Los problemas de la libertad* (1907) y *Conocimiento y acción* (1908), el joven Vaz Ferreira parece despreocupado por aquellas circunstancias y como absorto en una especulación utópica y ucrónica; pero si inmediatamente después de pensar lo que antecede se recuerdan otras obras de ambos pensadores (por ejemplo: *Motivos de Proteo* de Rodó y la labor pedagógica de Vaz Ferreira), se cae en la tentación de afirmar que la situación se ha invertido y que Rodó se desvinculó de las imposiciones de su contorno socio-cultural, mientras que Vaz Ferreira se muestra acuciado por la problemática de su circunstancia inmediata. En realidad, este último planteo tampoco es totalmente exacto. Es también una esquematización que simplifica la realidad. ¿Por qué? Porque ni los trabajos de ambos autores que es posible denominar radicados carecen de



José Enrique Rodó

especulación pura, ni los denominables de especulación pura dejan de revelar el sentimiento de *radicación* de ambos autores. No es posible aquí ahondar en este planteo. Cabe, sí, formular al respecto una sugerencia. La temática de la vocación, de la personalidad, del sentido de la vida, de la necesaria búsqueda — como se dice ahora — de la propia identidad, planteada por Rodó en *Motivos de Proteo*, y la constante y viva incitación de Vaz Ferreira a formu-

lar los problemas desde “*lo real y concreto*”, sorteando tanto los peligros de “*los problemas hechos*” como de “*las soluciones hechas*”, ¿no están atendiendo delicadamente a un entorno sociocultural protoplasmático y en formación como el hispanoamericano?

Dos grandes vías de pensamiento hay, pues, de acuerdo con las afirmaciones que anteceden, en la obra de Rodó: una que lo muestra directamente comprometido con su realidad nacional y americana (y al respecto no está de más recordar que no rehusó la militancia política y fue electo diputado, como representante del Partido Colorado, en tres ocasiones: para las legislaturas XXI, 1902-1905, XXIII, 1908-1911 y XXIV, 1911-1914); otra que lo muestra sondeando en los problemas permanentes del hombre y sin que dejen de percibirse allí, contra lo que en muchas ocasiones se ha aseverado, las huellas de estremecimientos metafísicos, como lo evidencian las páginas, incluidas en *Los últimos motivos de Proteo* (1932), que se refieren a la noche sinfónica y al estado glauco. La riqueza de ideas y orientaciones visualizables en ambas avenidas de pensamiento es muy grande y sería tarea vana intentar aquí sintetizarlas. Pero un indicio de la riqueza y complejidad del mundo de pensamiento rodoniano quedará esbozado en lo que sigue. La riqueza de la concepción americanista de Rodó es testimoniada por Arturo Ardao que, en un trabajo dedicado al tema, señala cuatro aspectos de esa concepción: *americanismo literario, americanismo cultural, americanismo político y americanismo heroico*. Esta diversidad de “*americanismos*” subraya de por sí la riqueza de la concepción americanista de Rodó, pero esa riqueza se hace más ostensible cuando se comprueba la multiplicidad de ideas comprendidas en cada uno de ellos. Comprobación fácil de realizar mediante la lectura de los textos seleccionados por Ardao en el libro *Rodó. Su americanismo* (Montevideo, Biblioteca de Marcha, Colección Los Nuestros, 1970). En cuanto a la riqueza de ideas y orientaciones de la segunda avenida de pensamiento de la obra rodoniana, puede ser intuidas a

partir de algunas afirmaciones realizadas por Carlos Real de Azúa en su prólogo a *Motivos de Proteo* (Montevideo, Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, 1957). Afirma Real de Azúa que "a una lectura atenta, informada, *Motivos de Proteo se aparece (lateral, múltiplemente) como una nebulosa de direcciones, de temas y de preocupaciones que inciden en lo más vivo y en lo más fértil de la cultura contemporánea*". A continuación señala en el libro estas presencias: la antropología cultural y, tenuemente, la filosófica; la ontología de la vida humana en todo su desarrollo; una sicología de las edades y su situación; el tema del curso de la vida humana como problema psicológico y una estructura, una esencia y una tipología de esos cursos; una tipología general y caracterología; un arte de vivir y una sicotecnia; una sicología de la creación artística y científica; una tipología del intelectual y de la vida cultural; una "literatura comparada" y una "retórica", en el mejor sentido presente. Finalmente, se concluye: "*Torsos - y no otra cosa - son esas presencias. Pero entre el rico pasado que orquestara esplendorosamente y el futuro imprevisible que ellas marcan*, *Motivos de Proteo, firme en el tiempo, cobra, en la dirección menos esperada, nueva vida y nuevo significado*".

Esta breve imagen de José Enrique Rodó quedaría incompleta si no se hiciera alguna referencia al artista que en el autor de *Ariel* se halla inseparablemente relacionado con el pensador. Es el mismo Rodó quien subraya esa íntima comunión del pensador y el artista. Lo hace en varios pasajes de sus cartas a Juan Francisco Piquet, donde afirma, refiriéndose a lo que se ha llamado "*la gesta de Proteo*", que para él los problemas de composición y estilo eran fundamentales. Y al respecto, es bien explícito en una página titulada *Decir las cosas bien...*, escrita en 1899 y recogida, en 1913, en *El mirador de Próspero*. Allí expresa: "*Sabios, enseñadnos con gracia. Sacerdotes, pintad a Dios con pincel amable y primoroso, y a la virtud en palabras llenas de armonía*". Y luego agrega: "*De lo que creéis la verdad, ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y*

el encanto con que la hayáis comunicado, estad seguros que siempre vivirán". Y finaliza la página con estas palabras: "*Hablad con ritmo, cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea, respetad la gracia de la forma, ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes!, y creed que aquéllos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son enemigos traidores de la Verdad*". Estas normas rigieron toda la creación literaria de José Enrique Rodó e hicieron que escribiera muchas de las páginas más hermosas de la literatura hispanoamericana de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Fue Rodó creador de un estilo personalísimo y de una también personalísima concepción de la parábola como instrumento de expresión de ideas. Al respecto cabe recordar, que, en cartas al ya citado J.F. Piquet, Rodó destacó como rasgos de su personalidad intelectual su aptitud para transformar las ideas en imagen y la de "*descifrar en idea*" toda "*apariciencia material*". No es posible acceder aquí al análisis de Rodó artista. Valga, para cerrar estos apuntes, la transcripción de un fragmento de la página titulada *La gesta de la forma*, incluida en *El mirador de Próspero*. Dice así: "*...la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, las palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos. ¡Oh Iliada formidable y hermosa; Iliada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durara en ti el testimonio de una de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert!*"